

El autor de *La nao capitana* no pretende nunca otra cosa que contar con naturalidad asombros y experiencias, y eso lo consigue con importante profundidad. Porque el lirismo de Baroja, claro está, no es lirismo expresivo o lirismo gráfico, sino el resultado de su consideración frente al mundo. Y ese clima al que venimos refiriéndonos, entendimiento entrañable y cordial.

Hay pintores que todo lo pintan fiados en su talento o en sus condiciones expresivas. Ricardo Baroja elige el camino más honesto, y sólo nos entrega lo que entiende cordialmente su corazón. Toda la realidad que no le conmueve resulta inexistente para este artista. La belleza que no resuena en él estremeciéndole de manera profunda existirá —Baroja no lo duda—, pero nunca para ser pintada por su manera recatada y confidencial. Con otros resultados, y refiriéndose a otras directrices, podemos considerar que Ricardo Baroja es nuestro Maurice Utrillo. Y que, como el pintor francés —intimista y lírico—, busca constantemente los motivos que alimentan su fortísima personalidad.

Ricardo Baroja no es, por aguafuertista y por literato, realista, impresionante y brioso. El trazo de su pintura, las características esenciales de

su pincelada, tienen que ver con lo rumoroso, con lo estremecido, con lo lírico en general. Esas esquinas, esos paseos, esos personajes agobiados de ambiente que el pintor nos entrega en una abundante y vasta tarea, llegan a nosotros como llegan las palabras bajas. Aunque se graben en nuestra sensibilidad con esa fuerza con que los consejos y las confidencias se suelen grabar. Diríase que Ricardo Baroja quiere para sí el título de compañero, de consejero lírico de sus espectadores. Dijérase que este artista, en vez de sembrar en nosotros resultados impresionantes, quiere ayudarnos a contentarnos, como él se ayuda con su realización. En el plano menor de una pintura llena de encanto consigue cosas, no siempre celebradas por una crítica de arte poco afilada. Y, sobre todo, esos valores tan importantes en lo artístico como son la ternura, lo sensible, lo estremecido y lo encantador.

Ricardo Baroja, con su parte novelesco, no entiende la realidad de otra manera que como las novelas. Y por ello, toda su obra, llena de encanto novelístico, trasciende sobre los hombres, haciendo vibrar íntimamente lo que hay en ellos de más auténtico, de más humano, de más esencial...

